

AÑO I.

Noviembre, 1918.

Núm. V



# PEGASO

REDACION: Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION: José López Deschamps

Díjase la correspondencia Piedras 386, Montevideo.

Suscripción (anual) \$ 0.50

## EL RENACIMIENTO EN FRANCIA (1)

.....

Es imposible analizar, en los breves minutos de que dispongo, este enorme caudal literario que acabo de describir a Vds. en sus líneas generales, con el fin de ofrecerles una noción sintética, pero clara y precisa, de la época comprendida entre el siglo XV y la Revolución Francesa. Debo, sin embargo, para hacer aún más plástica esa noción, destacar algunos de los aspectos mas característicos de la gran época literaria, y, no obstante el apremio del tiempo, voy a elegir, para comentarlos brevemente, tres

---

(1) Del curso de Literatura dictado para los asociados de la Liga Juvenil.

temas o asuntos que, en mi concepto, reflejan con elocuencia el espíritu y carácter del Renacimiento literario en Inglaterra, España y Francia.

El Renacimiento inglés puede ser encarnado sin duda alguna en Shakespeare, como el siglo de oro español puede ser representado sin disputa por Cervantes. En cuanto al genio francés de la gran época, podríamos descubrirlo en varios de los grandes nombres literarios de los siglos XVI y XVII; en Ronsard, por ejemplo, padre de la poesía clásica francesa, o en Corneille, Racine o Moliere, sus grandes sucesores en el siglo inmediato. Pero yo voy a tomar un aspecto que, en mi sentir, expresa con gran eficacia el carácter francés, y constituye uno de sus rasgos peculiares: la conversación, el arte de la conversación, mejor dicho, puesto que arte, y arte delicado y complejo llegó a ser en labios franceses esa forma de oratoria familiar en que la espiritualidad, la gracia y el ingenio sustituyen a la alta elocuencia y en que la profundidad del concepto y la aguda observación se disfrazan con el aspecto de la despreocupación y el buen humor.

La conversación es un arte bien francés, por cierto. Ningún pueblo de la tierra ha sabido llevar a mayor altura esta forma de expresión de las ideas y de los sentimientos que Francia, país de artistas y conversadores. Fué a principios del siglo XVII, el gran siglo, que la conversación adquirió allí el imperio y la dignidad de arte. Había pasado ya aquel siglo XVI, siglo de desorden, de licencia, de intriga, de bufonería, mitad galante y mitad bárbaro, que tan bien ha pintado Brantôme en sus memorias sobre los tiempos de Francisco y Margarita de Navarra, y que tan mal se reconoce en esas damas de caras candidas y recatadas que pintó Clouet, con sus cofias, lisas y austeras, a la manera de Diana de Poitiers. La sociedad francesa, harta de la vida licenciosa y galante de la corte, buscaba instintivamente el orden y la disciplina. Fué entonces que frente a la dispada corte del

Louvre se levantó el Hotel Rambouillet con su famoso salón azul, la influencia del cual debía de ser decisiva sobre la lengua y la literatura francesas. El salón azul, donde la Marquesa de Rambouillet agrupó a los mas agudos ingenios de la época fué desde entonces omnipotente. De él proceden todos los salones que en los siglos XVII y XVIII habían de ser el foco de la sociabilidad y la intelectualidad francesas, y de él procede, sobre todo, esa especie de reinado espiritual que la mujer ejerció en Francia durante esos siglos.

Voiture, el alegre Voiture, ha contado en forma encantadora su entrada en Rambouillet y ha descrito el salón azul, iluminado por un enorme candelabro de quince brazos, con sus pequeñas mesas de ébano y plata, sus sillas almohadilladas, los altos escabeles tapizados de terciopelo carmesí y el lecho de reposo, coronado con un pabellón de gasa, donde permanecía reclinada la Marquesa. Voiture entró a Rambouillet, la noche en que debutaba allí Lord Buckingham, aquel Don Juan que pasó por la corte, en 1615, como un fantasma resplandeciente. Lord Buckingham, cuya varonil belleza rivalizaba con las encantadoras cabezas femeninas adornadas con graciosos bucles y rizos a lo Mme. de Chatillon, tuvo el don de enamorar a todas las mujeres de la época, sin excluir a la Reina de Francia, Ana de Austria. Fué tan profunda la impresión que aquel precursor del dandysmo hizo en el corazón de Ana, que todavía, años después, al presentar Richelieu a la reina a su sucesor Mazarino le decía, con venenosa ironía: « V. M. lo querrá bien; tiene el aire de Buckingham ».

A Rambouillet van las Montmorency, Las Rohan, las Coligny, las Condé, las Gonzague, las Borbón, la flor de la aristocracia francesa y frente a ellas están los mas ilustres ingenios del siglo. En Rambouillet se conversa, se recita, se aplaude. La enferma Marquesa, como no puede ir al Louvre, se desquita en su salón. Esta fina intelligen-

cia femenina ama la conversación y el ingenio. Para hacer amable su hospitalidad divierte a sus visitantes. Tiene extraordinaria perspicacia para descubrir la habilidad de cada cual, y una vez descubierta, sabe ponerla al servicio de la tertulia. Rambouillet, como alguien lo ha dicho, es «le monde ou l'on s'amuse» y es claro que Voiture; el hombre de los chistes y las bufonías sea su héroe. Allí no es la literatura lo que mas preocupa; es, sobre todo, el cuento, el chiste, el diálogo vivaz y pintoresco, el torneo siempre renovado del ingenio y de la espiritualidad. Y es de esa explosión de verba, de gracia, de sensibilidad, de agudeza, y fina inteligencia que surge la lengua francesa, depurada y brillante.

A la influencia del Hotel Rambouillet se atribuye, efectivamente, en gran parte, el advenimiento de la gran época literaria de Luis XIV y por ende la literatura clásica francesa.

Además, en Rambouillet se guardó siempre la línea. El famoso salón aquel fué el que introdujo en la corrompida sociedad francesa de la época de Luis XIII y la Regencia, la dignidad, la decencia, la cortesía, el orden y la disciplina.

La tradición de Rambouillet fué recogida por Mme. de Sevigné, quién con Mme. de Lafayette son árbitros de la sociedad francesa después de 1680. Las costumbres livianas de la época de la Fronda y la Regencia han hecho ya su tiempo; Luis XIV impone el reinado de la cortesía, la elegancia y la dignidad. Los desórdenes se ocultan cuidadosamente y a la lectura de las escandalosas crónicas de Brantome y de los versos licenciosos de Regnier han sucedido los sermones de Bossuet y los impecables alejandrinos de Racine.

La lengua perfecta del gran siglo se hace aún más graciosa y sutil en estas tertulias de final del siglo. Allí se habla de todo, sin pretensión, ingenuamente: literatura, arte, filosofía, historia, galantería. Mme. de Sevigné

es la maestra de una generación de grandes damas. Desde entonces se multiplican los salones en París, sobre todo, en el siglo siguiente, donde nuevamente fué necesario defender el decoro y las costumbres amenazados por los excesos de la segunda Regencia.

Difícil es, señoritas, concebir los extremos a que llegó aquella sociedad y aquella corte. Para que Vds. se den una idea de lo que entonces pasaba en el Louvre, les diré que la Duquesa de Orleans, esposa del Regente, que pasaba por ser una de las mujeres mas austeras de la época, para hacer el elogio de la Duquesa de Borgoña, la madre de Luis XV, escribía en sus memorias: « La Duquesa ya no bebe hasta caerse ni juega lo que no tiene. »

Los salones del siglo XVIII forman legión. Ninguna mujer intelectual que se precie prescinde de su tertulia literaria. Ya es el de Mme. Tencin, ya el de Mme. Defaüd, ya el famoso de Mlle. de Lespinasse, ya el de Mme. de Epinay que congregó a Voltaire, a Diderot, a Rousseau, a Grim, y por fin el de Mme. Geoffrin, que, en opinión de Sainte Beuve, es el salón tipo de su época.

El salón de Mme. Geoffrin fué una de las instituciones del siglo XVIII. Ella supo organizarlo con extraordinario talento y atraer a él a casi todos los pensadores y artistas de aquel tiempo. Además, Mme. Geoprin, agregaba a los atractivos del salón, los de la mesa. Había organizado dos comidas por semana: El lunes, para los artistas, y el miércoles para los hombres de letras. En aquellas se veía a Boucher, a Van Loo, a La Tour, a Vernet, y jamás faltaba algún crítico, algún amateur y mucho menos algún Mecenas. En los ágapes literarios se reunían, Marivaux, Grim, Mlle. Lespinasse, D'Alambert, Marmontel y muchos otros. Puede suponerse el brillo, el interés, el encanto de estas reuniones en que se congregaban los mas ilustres representantes del pensamiento y del arte.

Eran aquellos los tiempos de la buena conversación francesa. Tiempo feliz, exclama Sainte Beuve, toda la vida se volvía entonces hacia la sociabilidad; todo estaba dispuesto para el mas dulce comercio del espíritu y para la conversación. Ni un día, ni una hora faltaban. He aquí el empleo de la semana que hacia entonces un hombre de letras: Domingo y Jueves: Comida en lo del Barón d'Holbach; lunes y miércoles: Comida en lo de Mme. Geoffrin; Martes: Comida en lo de Helvetius; Viernes: Comida en lo de Mme. Necker.

Fué en esos salones y en esas comidas, verdaderas justas de ingenio y de espiritualidad, donde la lengua y la literatura francesas, adquirieron esa admirable pureza y variedad de expresión, esos matices y esa complejidad que no se encuentran en otras lenguas y otras literaturas. La conversación fué, pues, un arte literario y el arte literario mas francés que floreció en los siglos XVII y XVIII.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

*(Versión taquigráfica tomada por la señorita L. M)*

---

## VIEJA LÁMPARA

*Oh mi lámpara, vieja compañera  
De mis noches sin sueño,  
Tu luz confidencial me dice: espera  
La roja flor de tu jardín de ensueño  
Florecerá al amor de primavera.*

*Oh mi lámpara vieja compañera  
A cuya pobre luz rimé mis versos,  
Tu alma como la mía es la viagera  
Que sueña en imposibles universos.*

*Oh mi lámpara vieja compañera  
Que alumbras el papel donde mi pluma  
Penosamente evoca lo que fuera  
Y que se disipó como la bruma.*

*Oh mi lámpara vieja compañera,  
Tu poca luz es toda mi fortuna,  
Si no fuera por ti tal vez quisiera  
Morir en paz bajo la luna.*

**PARLO DE GRECIA.**

## OLAVO BILAC

*Síntesis de un estudio sin terminar.*

« Los poetas son estuarios, en los que se ven confundir los torrentes de ideas y de sentimientos que agitan las edades;—los poetas son espejos en los que se ven reflejar y concentrar los manojos de rayos árdientes en que se abrasa y consume el ideal humano. Y, como el mundo será siempre triste, porque la vida será siempre un misterio,—también los poetas serán siempre tristes, porque serán siempre los intérpretes de esta grande y dolorosa duda humana, de esta curiosidad insaciable, de esta desesperante ignorancia de lo que somos y de lo que seremos »...

Así termina Olavo Bilac, el príncipe de los poetas brasileños, su hermosísima conferencia sobre la tristeza de los portaliras de su patria:—y así puede considerársele, atravesado de todas las ideas y sentimientos de su tiempo:—hombre triste, tremante y ardiente, como quién suele recostar demasiado la frente en el misterio de la vida.

Los poetas persas dicen el amor de la mariposa con la llama:—es el símbolo de un destino, que se cumple en Olavo Bilac tanto como en Rubén Darío o en Pablo Verlaine, lo mismo en Benvenuto Cellini que en Leonardo de Vinci.

Los brasileños son, como los rusos, apasionados, idealistas, sentimentales, con un sentimiento activo y violento, aunque un poco tristes en el fondo del alma,—más amiga de sueños que de ciencias. Goncalvez Díaz, José Verissimo, Assis Brasil, Cruz e Souza, Joaquín Nabuco,



Ruy Barboza, Alberto de Oliveira, Raymundo Correa, Joao Ribeiro, Coelho Netto, Alizio de Acevedo, Alfonso Celso, Machado de Asis, Olavo Bilac, Hermes Fontes, Martín Fontes, son en la literatura brasileña ejemplo vivo de ese carácter lírico de la nación,—que tiene un alma seductora y brillante como una lámpara de vidrios de colores, donde la luz pone claridades cambiantes, que van, desde los violados y amarillos suavísimos hasta los rojos y los verdes agresivos.

Yo sé que ni a los mismos brasileños, le merece este juicio la literatura de su patria. Silvijo Romero, en su notable obra «Literatura Brasileña»,—que Carlos Roxlo imita aquí en su «Historia de la Literatura Uruguaya»,—dice, por ejemplo, que el trabajo intelectual en el Brasil es un martirio y que por eso, se envejece pronto, se produce poco y se muere de prisa—«ya que el brasilero es un ser desequilibrado, herido en las fuentes de la vida.» José Verissimo en sus «Estudios Brasileños», le concede apenas a la poesía de su patria, una abundancia de formas sensuales que le presta al verso la sangre del mestizo,—«ya que todo brasilero, es para él, un mestizo, cuando no en la sangre, en las ideas.»

Olavo Bilac, en esa misma conferencia literaria sobre la tristeza de los poetas de su patria, defiende a los ruisiñores brasileños contra los ataques corrientes de «enfermizos» y «morbosos», con que casi todos los críticos los han señalado insistentemente.

Como en aquel poema de Baudelaire en que pasan sonrientes y embebidos de ensueño, los hombres cargados de su quimera,—yo veo a los poetas brasileños iluminados por la noble concentración de su ensueño estelar, dando de sí lo que llevan adentro, poseidos del fervor eterno de la belleza, sintiendo, amando y cantando desde el plinto de su juventud apasionada.



Olavo Bilac, apóstol y profeta, periodista y maestro de escuela, suscita a su alrededor los más bellos deseos humanos, posee el dominio de los corceles ritmicos, la suavidad de un ala de golondrina, el fuego sagrado de un corazón primaveral. Si Ortega y Gasset asegura, recordando a Anaxágoras, que todas las cosas tienen elementos de las demás y que « por eso se entienden, conocen, conviven y al crepúsculo lloran juntas los comunes dolores »,—bien pudiera decirse que este hombre-poeta, está hecho de cielo, de agua, de tierra, de fuego, de selva, de viento, de sol. Y que, estremecido por todas las vibraciones de la exaltada tierra de los trópicos, concreta en sí los cuatro horizontes del verdadero misionero: apóstol patriótico, horizonte del oeste: maestro de escuela, horizonte del norte: profeta social, horizonte del este: poeta lírico, horizonte del sur.

Auroras de grandezas y de redenciones, crepúsculos de recuerdos y de esperanzas, norte de idealidades infinitas, cielos de noches consteladas de diamantes, en él conviven, a él lo elevan, por él descienden.

Contrariando el momento depresivo de la juventud, tan poco dionisiaca, Olavo Bilac atraviesa los años como un viajero alado, para quien el tiempo y las latitudes no hacen más que dar golpes de luz al penacho de su pensamiento y aceros de voluntad a las alas de su corazón.

Siempre vehemente, voluptuoso, aligero y profundo a la vez, la tonalidad de sus versos es como la de su vida: cambiante, harmónica, radiosa:—púrpura en lirio, azul sobre nieve:—ruiseñor de fronda ilimitada.



Leamos los libros del poeta, — « Panoplias » son cuadros históricos: « la siesta de Nerón », « el incendio de

Roma », « el sueño de Marco Aurelio », « Delenda Carthago ».

La reina Amelia de Portugal pasa por un soneto con el encanto de una flor,—« albo lirio de Francia,—que le dió, flor humana, alma gentil de artista,—una sonrisa de gracia y un perfume de amor »...

« A un gran hombre », de versos fáciles como el chorro de agua del manantial aludido, redondea la frase de Lamartine: *heureuse au fond du bois la source pauvre et pure*.

« Vía Láctea »—son treinta y cinco sonetos, que constituyen en realidad un luminoso, plateado y parpadeante camino de Santiago.

En el noveno soneto hay una inquietud que tiembla entre sus versos como podría temblar una paloma en el hueco de unas manos.

*De otras sé que se muestran menos frías  
Amando menos lo que amar parecen.  
Usan todas de lágrimas y preces;—  
Tú de risas amargas e ironías.*

*De tal manera mi atención desvías,  
Y con pericia tal mi engaño meces,  
Que si nevado el corazón tuvieses  
Tal vez, Amada, más ardor tendrías.*

*Te miro: y ciega a mi mirar te haces...  
Te hablo: ¡y con qué fuego esta voz levanto  
En vano !... — Sorda quedas a mis frases...*

*Sorda: no escuchas mi amargado llanto !  
Ciega: no ves con qué impiedad rehaces  
El antiguo dolor que dolía tanto !...*

En el décimo tercero de los sonetos de « Vía Láctea » hay una gracia indefinible, que parece aletear en cada

línea: alma candorosa y dulce que se pone al habla con « el palio abierto de la vía láctea » y que contesta a la aguda ironía de los amigos vulgares: « amad para entenderlas!—pues sólo quien ama, puede tener oído—capaz de oír y de entender estrellas! ».

En el soneto veintisiete, la misma suavísima gracia perdura, y el poeta dice con una delicadeza que no puedo traducir aunquc pretendo:

*Ayer—necio de mi— muy maliciosa  
Dijo una estrella riendo allá en la altura:  
—« Buen Amigo! La estrella más hermosa  
De todas las estrellas, la más pura*

*Mañana cumple años... Vé, procura  
El más brillante madrigal, la rosa  
De más vivo color y más frescura! »  
Y para mi me dijo: — « ¡ Mentirosa! »*

*Porque yo fui tan ciego antes por ellas  
Que al fin curado ya de sus engaños  
No puedo creerles más a las estrellas...*

*Y héme a tus pies aquí deshecho en llanto...  
La culpa de olvidar tu cumpleaños  
De tus hermanas es, que engañan tanto!*

Este libro de Bilac termina aquí con unos sonetos más, todos endecasílabos sonoros y emotivos, donde la misma cuerda amorosa tiene los mismos sonos. Mi entusiasmo se afana por darles la música y el alma verdadera, a estos catorce versos de dulzura crepuscular:

*Lejos de tí sí escucho por ventura  
Tu nombre, que una boca indiferente  
Entre otros nombres de mujer murmura,  
Se me nublan los ojos, de repente...*

*Tal como el infeliz que la tortura  
Sufre de amargo exilio,—y tristemente  
En su lengua natal, mimosa y pura  
Se oye llamado por extraña gente.*

*Porque tu nombre es para mí el perfume  
De una patria distante e idolatrada  
Cuyo recuerdo ardiente me consume...*

*Y oirlo es ver la eterna primavera  
La eterna luz de la región sagrada  
Donde tu amor, junto al rosal, me espera!*

\* \* \*

«Sarzas de fuego» es el tercer libro de Bilac. — «El juicio de Friné», «Pantum», «Paráfrasis de Baudelaire», «La tentación de Xenócrates», mantienen un encanto ardiente y supremo.

En «Cuarenta años», melancoliza la obra mordiente del tiempo en la fémina bella que se arruga y se marchita como un jazmín amarillento, para concluir con este anhelo inquietante de imposibles:

*Ah — Si yo pudiera hacer, nuevo Ezequias,  
Que el sol crepuscular de tu hermosura  
Retornase a la aurora de otros días!*

Después, como una sombra pasajera ante unos ojos que sueñan, pasan Paolo y Francesca dándose aquel beso inmortal:—«quiero un beso sin fin,»—dice el poeta, vibrando por el toque de fuego de un ardor interior.

Más adelante, en unas rimas sin título, que llevan por acápite el verso «*tremo a mezza state, ardendo in verno*» del Petrarca,—el corazón se exalta en fiebre loca de quien ama y sufre:—«que si está libre desea ser cautivo—y

si es cautivo quiere la libertad. »—« Ah, cómo duele vivir así, sintiendo—en los hombros alas y en las manos grillos »...

Del soneto « Nel mezzo del camin »... —uno de los más hermosos de Bilac, andan por ahí unas cuantas traducciones inexactas por fuerza de los giros característicos del idioma original.

*Ceguei. Chegaste. Vinhas fatigada  
E triste, e triste e fatigado e vinha.  
Tinhas a alma de sonhos povoada,  
E a alma de sonhos povoada e tinha...*

*E parámos de subito na estrada  
Da vida: longos annos, pressa a minha  
A tua mão, a vista deslumbrada  
Tive da luz que te olhar continha.*

*Hoges, segues de novo... Na partida  
Nem o prato os teus olhos humedece,  
Nem te conmove a dor da despedida.*

*E eu, solitario, volto a face, e tremo,  
Vendo o teu vulto que desaparece  
Na extrema curva do caminho extremo.*

« Alma inquieta » es el nuevo libro del poeta, y tengo para mí, que es el que alcanza el mayor vuelo y la mayor emoción.

En « La avenida de las lágrimas » Bilac ofrenda estos laureles rosas en la tumba de un poeta muerto:—« Porque purificó la torpeza del mundo—quien dejó sobre el mundo, un verso y una lágrima »...

« Yo persigo una forma »... de Rubén Darío surge en Olavo Bilac con una fuerza que hierve: es la misma palabra que huye, el mismo abrazo imposible de la Venus

úe Milo, pero con otro calor, con otra intensidad, con otro fuego.—«Inania verba» se titula el soneto:

—«Y la Palabra pesada aplasta la idea leve,—que, claridad y perfume, refulgia y volaba.»

Los seis versos finales se revuelven de ansiedad y de luz:—«Quién el molde hallará para expresarlo todo? Y quién ha de decir las ansias infinitas—Del sueño? Y la luna que huye a la mano que la quiere?...—Y la ira muda? Y el asco mudo? Y el dolor mudo? Y las palabras de fé que nunca fueron dichas? Y las ansias de amor que ahoga la garganta?...»

«Vírgenes muertas» expresa aquel pensamiento que María Eugenia Vaz Ferreira vino a decir aquí, no hace mucho tiempo, en las rítmicas palabras de una prosa musical. Dice así mi traducción del soneto de Bilac:

*Quando una vírgen muere, una estrella aparece,  
Nueva en el viejo engarce azul del firmamento:  
Y el alma de la muerta, de momento en momento,  
En la luz de la nueva, palpita y resplandece.*

*Vosotros,—los que en el silencio y el recogimiento  
Del campo,—a solas conversáis cuando anochece  
Tened cuidado!—Como un rumor de prece,  
Lo que decís, al cielo ha de llevarlo el viento...*

*Enamorados,—que vais con la boca rebotando  
De besos, perturbando la senda sosegada  
Y el casto corazón de las flores exaltando,  
Tened cuidado!... Que ellas ven tras las nubes oscuras  
Y ese impudor ofende la mirada helada  
De las que viviendo solas, se murieron puras!...*

Revive en «Vita Nuova» un amor antiguo y olvidado, como una vieja canción que renace una tarde, perfumada de aromas lejanos y endulzada de melancólicos recuerdos:

*Si al mismo goce antiguo me convidas,  
Con esos mismos ojos abrasados,  
Mata el recuerdo de las horas idas,  
De aquellas que vivimos apartados!—*

*No me hables de las lágrimas perdidas,  
No me hables de los besos disipados.  
En una vida humana hay cien mil vidas,  
Contiene un corazón cien mil pecados.*

*La fiebre aquella que mi amor comporta  
Revive.—Olvida mi pasado, loca!  
La vida que pasó qué nos importa*

*Si te amo aún, después de amores tantos,  
Y aún conserro en los ojos y en la boca  
Nuevas fuentes de besos y de llantos!...*

Tiene toda la indecible penumbra de una lasitud tediosa, de un cansancio insoportable, este soneto que Olavo Bilac rotula con el expresivo título de «Tedio»:

*Sobre mi alma como sobre un trono  
Señor brutal, pesa el aburrimiento.  
¡Cómo demoras, otoñal encono  
En disipar mis hojas en el viento!*

*Oh! Dormir en silencio y abandono,  
Sólo, sin sueños y sin pensamiento  
Y en un letargo de aniquilamiento  
Tener ¡oh piedra! tu quietud de icono.*

*Oh! Dejar de soñar lo que no veo,  
Sentir el hielo de la carne fría  
Y en una luz crepuscular velada*



*Dejar dormir el alma sin deseo  
Amplia, fúnebre, lúgubre, vacía,  
Como una catedral abandonada!...*

\* \* \*

« Los viajes » son cuadros antiguos:—los fenicios, Israel, Alejandro, César, los bárbaros, las cruzadas, desfilan por ellos, cuyo cortejo se cierra con un extraordinario soneto a la muerte, país del sueño y de la paz.—« El cazador de esmeraldas » es un episodio de la epopeya sertanista del siglo XVII,—magníficamente tratado en un poema de doscientos versos.

\* \* \*

Esta es, latente a pesar del idioma y del alma, la obra poética de Olavo Bilac, gran señor de versos ardientes que embellecen la vida.

Yo sé que en general, un poeta no puede ser traducido:—y en caso de serlo,—ya lo dijo alguien,—en esa traducción no está toda el alma del poeta ni está solamente esa alma. Mi espíritu es hermano de los pájaros que cantan al crepúsculo encima de una rama o de un capitel: a éste lo quiero por alegre: a aquél por triste: a éste lo quiero con la frente: a aquel con las manos: a éste lo quiero con la esperanza: a aquél con el recuerdo. Enamorado así, con ese cariño inmaterial que tiene a veces el corazón por una estrella o por una música, he ido traduciendo con amor esos poemas de agua, de sonido y de luz, en que Olavo Bilac ha puesto su ánima voluptuosa, de color de llanto y de ardor solar. Yo sé que no he podido lograrlo, pero me queda la inquietud suprema de haber convivido con ellos unas cuántas tardes luminosas, frente al mar y al azul.

TELMO MANACORDA.

Montevideo.

## LOS VIEJOS DEL ASILO

*Con el bastón, con la bufanda,  
Con la pipa—su dulce amor—  
Recostados en la baranda  
O en la pared del corredor,  
Cuando, en invierno, desde lejos  
El sol, divino pescador,  
Tiende sus aureos aparejos,  
Mudos, sonámbulos, perplejos,  
Tal como cosas ya sin rol,  
Los pobres viejos  
Tuestan sus ánimas al sol.*

*Son los viejitos del Asilo  
Cuya vida parece estar  
Suspensa apenas por un hilo  
Que el menor golpe va a quebrar.  
Endulzando su desconsuelo  
Con la divina miel solar  
Allí se encuentra el triste abuelo  
Cuya chochez en el hogar  
Hastiaba al mismo pequeñuelo . . .  
Y está el mendigo secular  
Cuya rotosa vetustez  
Todos vimos mas de una vez,  
—Despertando la mofa ruin  
De los chicuelos del confín,—  
Por los senderos vacilar;  
Hasta que al fin,  
En una noche de hondo duelo,*

*Adurmiose mirando al cielo  
Sobre un umbral de la ciudad  
Y desde el suelo,  
Ya casi témpano de hielo,  
Lo recogió la caridad. . . .*

*Cuando el alegre sol los llama  
Al corredor con sus reflejos  
Están así, mudos, perlejos,  
Los pobres viejos  
Que ya en el mundo nadie ama.*

*Forman parte en la yerma fila  
Viejos de toda procedencia,  
Pero hoy nada los diferencia.  
Todos tienen en la pupila  
El mismo impávido fulgor,  
En las manos igual temblor,  
Igualmente doblado el busto,  
Y de sus almas mortecinas  
Brotó esa especie de halo augusto  
Que hace hermanas todas las ruinas.  
Tan uniforme es hoy su anhelo  
Como su burda ropa gris.  
Su patria ya no está en el suelo,  
Son ciudadanos de un país  
Que no existe en la geografía,  
Patria infinitamente fría,  
Donde todo lo que se advierte  
De tal modo está sosegado,  
Que parece como bloqueado  
Por los glaciares de la muerte.*

*Con el bastón, con la bufanda,  
Recostados en la baranda*

O en la pared del corredor,  
Mientras tiembla la pipa amada  
Entre sus labios sin color,  
La mirada ya casi ciega  
Ora, cual náufrago bajel,  
Por el espacio azul navega . .  
Sin dirección determinada,  
Ora queda como clavada  
En una piedra... en un papel...  
¿ Sueña, acaso, el que mira al ciclo ?  
¿ Es que añora el que observa al suelo ?  
No... Ya tan floja está la cuerda  
Que no puede hacerla vibrar  
Ni la dicha que se recuerda  
Ni el espejismo de un soñar.  
Está el alma en su pecho antiguo  
Como un ave petrificada,  
Para ellos es todo ambiguo  
O mejor dicho, todo nada.  
No florece entre sus escombros  
Ni una ilusión, ni una esperanza.  
Ellos no anhelan mas tesoro  
Que el de sentir sobre sus hombros  
Esas sutiles redes de oro  
Que el pescador divino lanza.

Y, prodigando su arrebol,  
Hoy el buen sol  
De ingenua dicha al grupo anega.  
Su luminosa risa franca  
Como un travieso nieto juega  
Con la flotante barba blanca,  
Con la pupila casi ciega  
Y el viejo siente  
Que aquel mimo su pena arranca  
Y la dispersa dulcemente,

*Como él arranca y se disipa  
El humo negro de su pipa.*

*Tal vez mañana ¡oh sol de invierno!  
Tres o cuatro de los que ahora  
El fuego tierno,  
De tus rayos calienta y dora,  
(Pobres viejos abandonados  
Cuya muerte ninguno llora)  
Estarán del todo helados.  
A esos bríndales hoy completo  
El consuelo de tu tesoro.  
¡Oh sol de oro!  
Tu que eres el único nieto  
Que visita su desamparo,  
Y un rayo claro  
Aún de su seno oscuro arrancas  
Cuando traviesamente juegas  
Con sus flotantes barbas blancas  
Y sus pupilas casi ciegas!*

JOSÉ MARIA DELGADO.

NOTA — Por un error, fué incluido en el número 4, un artículo de Rodó sobre «Simplement», de la señora Delfina Bunge de Galvez, en la sección «Cartas literarias». Cómo el lector pudo apreciar, se trataba de un trabajo meditado y no de una simple epístola sin transcendencia.

## GRECIA REDIVIVA

Existe en los anales voluminosos de Grecia, un episodio de amor filial que a fuerza de ser tan bello, parece ser ensoñado.

Eran aquellas almas, aún las de aquellos jovencuelos primerizos, más grandes que las nuestras, tan acoquinadas y egoistas.

Los que disputaban las coronas de olivos, el sencillo galardón de fatigas sin número, eran grandes niños muy otros que los nuestros.

¿Quién diría de ellos que hacían los que no debían?

Maestra de la verdad, dice Píndaro al hablar de Olympia, la santa ciudad donde jóvenes y hombres, podían lucir su resistencia física su valor y destreza.

Tenía razón sobrada el aeda. El sol que encendía como en una llamarada al monto Altis y hacía brillar las lejanas nieves de la cadena montañosa de arcadia alumbraba un sitio que inspiraba lo que ninguna otra ciudad.

El joven Trasibulo, intrépido, heroico y esbelto, había vuelto a asistir a los juegos Píticos, con un carro a buen segur de bello cedro, oro y marfil, con su cuadriga de rápidos corceles. Esta fiesta atlética bajo la advocación del padre de las artes, Apolo, hijo de Zeus, el Dios padre de la Mitología Helena, era celebrada en su honor. Quería disputar el glorioso título de Olympionikes a otros jóvenes cual él, firmes y robustos y anhelosos de dar lustre a su familia y al Estado. El atleta moderno si es victorioso no vive por mucho tiempo en la memoria de los hombres. El triunfador de los juegos olímpicos era considerado como un ser sobrenatural hasta el final de sus días.

Era una ventaja física, moral e intelectual que permitía formar parte de una aristocracia, única en su especie.

La oda en que Píndaro—el Zorrilla de San Martín, el Guido Spano, el Mitre, el Lillo de aquellos tiempos serenos,—celebra la victoria de Diágoras, ciudadano de Rodas, fué reproducida en letras de oro, y depositada en el templo de Atenas, en Lindus. Ejemplo excelso entre los miles que se podían citar, para dar idea de lo que estos sentimientos significaban para el griego.

El padre de Trásibulo era un hacendado acaudalado de Agrigento. En sus dominios habían nacido los caballos que dieron la victoria al encartador mancebo.

Antes de entrar en la lid habría exclamado nuestro héroe y con acento conmovedor al nombrar a su padre, el juramento de estilo:

¡ Por mi padre, por mi honor, por mi patria ! »

Aclamado triunfador de la carrera, hizo proclamar el nombre de su padre, en vez del suyo. ¡ Cómo hubo de conmover a los espectadores, acaso a los cuarenta mil que en el stadium cabían, con este ejemplo de modesta y de tan tierno amor filial ! Reconocido a lo que a su amante padre había hecho por él desde la primera lágrima al nacer hasta entonces. Trásibulo quiso con su hermoso desprendimiento, agradecer tanta solitud y cuidados. No era poca gloria la que arrojaba sobre los canos cabellos del autor de sus días. ¡ Qué espléndido en la excelcitud de su buen corazón debía parecer a los ojos húmedos de la multitud que miraba el milagro ! El semblante rojo, la mirada alegre y franca, las líneas puras de su cuerpo hecho ya al heroísmo surgiría Trásibulo en la arena sobre su carro volador, semejante a un mensajero—bello como Aquiles de Troya y fuerte cual Hércules—de todas las victorias de la familia Helénica allí congregada.

Su clara forma ya no se borraría más, ni en el espacio ni en el tiempo. Obedecería como una visión del mundo, a los dioses amados.

Píndaro, al hacer su elogio, dulce deber, no se ve obligado como en otras ocasiones, a remontarse a los héroes legendarios: Castor y Pollux, para orlar con tan divinos parangones, la frente de los vencedores. En efecto, el ejemplo dado por Trásíbulo era tan original, tan sugerente, gracioso y delicado, que su mero relato constituía tema suficiente de la oda esplendente. Alaba sin reserva al inmortal hijo de Xenócrates, que ha podido ejecutar acción tan bella por seguir los preceptos que el anciano Quirón, mitad hombre, mitad corcel inculca a su alumno Aquiles, *el de los ligeros piés*. Honrad, desde luego a Zeus, el amo temido del trueno y del relámpago, y después honrad la vida de vuestros padres. »

« Tal como Trásíbulo », agrega Píndaro, el laureado poeta, « era el mancebo Antíloco, que murió por salvar a su padre, dando frente a la lanza del potente Memmon, jefe de los Etiopes. Un caballo herido por las flechas de París, impedía moverse al carro de Néstor. Memmon no obstante, avanzaba e iba a lanzar su paelina. Perplejo el anciano, llamó a su hijo a voz en cuello. El alarido no fué en vano. En oyendo el joven se precipitó a su lado y rescató así con su morir, la vida del padre suyo. De todos los héroes de los antiguos tiempos, es Antíloco el primero por su piedad filial; y ahora Trásíbulo es considerado, el primero entre los jóvenes de nuestra época, a causa del respeto por su padre. Y también por que su juventud no cosecha injusticia y violencia, sino sabiduría y gloria, sólo las miradas del Dios que preside en Delfos. » ( 6ta. Oda Pitia ).

Mientras esta segunda patria de todo hombre que piensa, tuvo adolescentes como Trásíbulo, en los gimnasios ( nombre de la escuela primaria de entonces ) y las palestras ( academias de ejercicios físicos ), se conservó el ideal de todas las naciones. Todos, desde el niño que frecuenta los cursos primarios hasta el mozo, vivían para la grandeza de su ciudad natal. No donde se vive bien,



---

como cantara un griego de la decadencia, sinó donde se honra a los padres, las leyes de la ciudad y los preceptos de una religión generalmente, tan dulce y serena que era imposible dejar de amarla, podía estimarse ser el país de su preferido. Así al rememorar hoy estas tradiciones de la regla y del deber, al mirar uno de los tantos ejemplares que existen de estos heroicos jóvenes atletas, veremos siempre en sus rostros delicados y gentiles una expresión de inocencia, de pureza y de la fuerza que de ellas fluye. Tan buenos eran, como bellos.

ALBERTO NIN FRIAS.

---

## LA NEIGE

à *Madelaine Noetinger.*

*Neige, descends pâle à travers la nuit ...  
( Comme le vol de la colombe de l'Esprit  
a fêmi doucement sa visite de grâce... )  
Neige, descends pâle à travers l'espace...*

*Neige, descends comme un profond tapis,  
et sois le lit de nocce, la vierge, et l'épouse  
lorsque l'homme au coeur triste en ton sein se blottit...  
Neige, descends, enveloppante, ô douce !*

*Neige, descends, pure comme des lis  
qui choiraient du jardin des étoiles fileuses...  
Neige, descends, belle et silencieuse,  
ô toi, la soeur jumelle de l'oubli!...*

*O neige, espèce de mousse !  
Révele moi la parole sans bruit  
de ton langage intime et spiri'uel;  
ô neige, nourriture de l'esprit.*

*O cictéenne, ô candidc,  
qui tapisses d'innocence l'hiver rude,  
cet avare sordide;  
qui, jetant un manteau d'hermine aux épau'es de ce m'ndiant  
en fais un roi,  
à la couronne de diamant.*

*O neige, je veux m'unir à toi:  
Neige, prends-moi  
dans ton royaume blanc,  
aux antipodes de la Mort à l'empire noir,  
où se trouvent les châ'timents et les récompenses;*

*ô neige, je suis à ta ressemblance,  
bien que tu sois, par ton sexe femme;  
car voici, je t'aime en mon âme  
et te comprends.*

*Je t'aime  
parce que tu es l'emblème  
des rythmes inconnus;  
le songe des chastes poèmes  
qui ne sont pas encore venus;  
je t'aime pour ton silence, et ta couleur,  
dont l'ombre est violette;  
et parce que tu es muette  
comme un bonheur.*

*Je t'aime  
ô soeur !*

*Je ne sais  
si tu es une princesse, dans ton palais,  
là-bas,  
ou si tu bats  
de grandes ailes de cygne, quelque part,  
sur un lac de mystère, en un pays de brume;  
ou si tu es partout, comme l'écume  
est sur la mer; je ne sais pas, encor,  
si tu es vivante, ou si tu dors  
au-delà de la vie.*

*Mais quelque chose en moi répond à ton appel,  
chante en ta symphonie;  
quelque chose d'infiniment profond et de réel  
en secret nous marie....*

*Et c'est pourquoi, descends, neige, à travers ma vie....*

**HÉCTOR DÍAZ LEGUIZAMÓN.**

1918.

# INCESTO

( *Cuento de Castilla* )

## I

¡ Ladrón ! ¡ No ! El ciego de Cuzcurrita jamás fuera enemigo de lo ajeno. La cosa, en rigor, no merecía tan acerbo juicio.

Cierto que el vecindario de Ventrosa no fué pródigo con el juglar aquella tarde. En ocho largas horas de rímarle virtudes y apelativos, bajo los balcones de harto acomodados hijos de la villa, había obtenido tres o cuatro reales. Era una miseria. ¡ Con tres o cuatro reales no viven un viejo y una rapaza, durante todo un día !

Sólo en la posada dejaron una peseta a cuenta del almuerzo. Al salir de la aldea, ocho o nueve gallinas metíanse entre las patas del burro, buscando granos de cebada en el estiércol. El ciego de Cuzcurrita que veía un poco—sólo un poco—dijo a la nieta:

—Micsela, tira una piedra a esas aves, no sea que las pise el burro, no sea que las pise.

Y la rapaza, obediente al ruego, tiró la piedra. La tiró con tan mala fortuna que dos plumíferas quedaron desnucadas.

El viejo lamentó el percance. Al fin y al cabo las pobres gallinas nada malo habían hecho para merecer tal pena.

—¡ Ay, si se entera el alcalde !—tembló el ciego.

—¡ Ay, si nos agarra agora el aguacil !—suspiró la mocica, con un castañeteo medroso de los dientes.

Entonces el ciego de Cuzcurrita, que veía un poco—sólo un poco—compadecido de las gallinas y temiendo por la nieta, trincó del cuello a los poco avisados animales y los metió en la alforja.

Esto era todo.

Y con ser tan poco, bastó para darle fama de foragido en toda la sierra. ¡Foragido él, que, descartando su agrado ante el buen aguardiente no tenía defecto! Porque no podía llamarse defecto su errabundez, yendo de pueblo en pueblo para engarzar, en una trova ingenua, los nombres de los comarcanos que tenían mejor corazón o bolsa más boyante.

¡Cuántos escalan la Casa Consistorial con menos motivo!

## II

El ciego de Cuzcurrita va marchando por el camino—fiero y zigzagueante camino—que trepa y baja por las montañas, tal que una sierpe reptando paralela a la sierpe del río. La brisa serrana orea de vez en vez las testas que el sol abrasa, mientras dora el paisaje. Los viejos robles sacan sus raíces, contreñidas y trágicas, por las peñas. Zarzas y espinos tienden ramas hispídas por aquí y acullá.

Y, abajo, el río arrulla, canta, ruge, salta y se retuerce como un mancebo enloquecido de amor.

El ciego de Cuzcurrita va caballero en el burro, seguido por la nieta que hurta su rostro al sol con un pañuelo. Es un rostro cetrino, enjuto, sin carácter. Apenas si los ojillos brillan con ladinería, que se creyera contagiada del viejo. Grandes son sus pies, grandes sus manos. El talle se cimbreo. Es infantil su seno, apenas hinchado, puntiagudo.

—¿Te cansas, rapaza?

—Yo no me canso, abuelo.

Se detiene la mocica para arrancar una mora, tan negra que azulea. Pronto desaparece entre sus labios que quedan tintos. Luego coge unas endrinas, cuya acidez hácele entornar los ojos. Pasan por «Las Goteras», un barranco donde vibra un hálito mortal. Las rocas se yerguen hostiles como dos monstruos del Apocalipsis. Después el camino asciende con algunos peldaños labrados en la piedra.

El ciego eleva la mano abierta, proyectando hacia afuera el dedo del corazón. Fíjase en la sombra dibujada en la palma. Musita:

—Llegaremos a mediodía, rapaza.

La mozueta entrevé las familias yantando—quienes en el comedor, quienes junto al lar—prontos a salir para darles su óbolo. Viven de la caridad hace ya mucho tiempo. El abuelo, que trabajara en las minas, cegó. Tenía mente despierta y voz muy persuasiva. Tocaba la guitarra medianamente. Antes que morir de hambre—la hija casada, apenas si pan había para los suyos—decidió explotar aquellas facultades que, en los años mozos, le valieron triunfos. La nieta, apenas con cinco años, sirvió de lazarillo. Con el tiempo—gracias a un empeño de la Virgen de Valbanera,—el hombre llegó a ver. Veía poco: lo suficiente para poderse guiar. Sin embargo, no prescindió de la nieta, por serle grata su compañía. Y el tío Luzmela, no obstante cobrar el precioso sentido, siguió siendo el ciego para los lugareños, que la ceguera—y esto hartito sabido es—mueve a compasión y es desgracia que se explota.

### III

Dejaban atrás los plantíos, cayendo de la torre doce campanadas que temblaron en el azul como almas coritas. El ciego veía ya las primeras casas de la villa, apretujadas tras la iglesia, de un color almagre, hostil y profano. La

torre era humilde, revoloteando en su torno muy gritones vancejos.

Enarcaba su lomo el Arrastranalgas, en cuya alta cima indianos animosos plantaron una bandera. En frente, el monte San Lorenzo desafiaba al pico de Urbión.

—¿Te cansas, rapaza ?

—Yo no me canso, abuelo.

Minutos después metíanse en el pueblo. La plaza reposaba desierta. Fueron hasta la casa del alcalde, luego de poner pienso al burro en la posada. El Tío Paulino tenía fama de generoso. Junto a su puerta rasgó la guitarra dejando oír su metálico son el triángulo. Se fundieron l, voz caduca del ciego y el falsete estridente de la rapazucaa

*Yo le canto a don Paulino,  
alcalde sea mientras viva;  
es un caballero noble,  
la flor de Viniegra Arriba.*

Por la ventana, una mano arrojó cuatro monedas de cobre.

*A la señora Leonor*

. . . . .

¡ No cantéis más !—exigió un rostro patilludo, que estuvo asomado sólo un instante.

Marcharon los juglares más allá, hasta el domicilio de un indiano opulento:

*Estrella resplandeciente,  
yo le canto a don Manuel,  
si muchos enriquecieron  
nadie con tanto saber.*

El panegírico dió también su fruto. Pero, en los otros hogares, al conjuro de la jota, los habitantes atrancaron las puertas. No faltó mujeruca que saliera para encerrar sus gallinas.

—; Esto me parece perdido!—se dolió el viejo en la posada, obscureciendo ya—; A seis reales no alcanza lo que sacamos hoy! Ayer en Viniegra de Abajo, no nos dieron ni cinco. ; Los buenos corazones se pierden!

—; Si no os quedarais con lo que no os corresponde!—gañó la posadera.

Trátase de una mujercilla enteca, corcovada, anodonta, que se dijera trasunto de una bruja de Goya. El ciego, amedrantado por su lengua vipérea. no quiso lanzarle la sátira que le punzaba en los labios. Elevó la cabeza con fermentida unción, y dijo alzando las manos que rozaron una tripa de manteca pendiendo del techo-

—; Tú eres Señor de todo! ; Hágase tu divina voluntad!

La tripa de manteca quedó escondida entre los pliegues de la faja.

#### IV

El ciego de Cuzcurrita emigró de las serranías. La vida entre aquellos desconfiados aldeanos se le hizo imposible. Quiso marchar a la capital y le informaron de que la mendicidad hubo de ser abolida:

—; Que me den una puñalada en el pecho! ; Válgame Dios lo que la corrupción y el pecado pueden en las ciudades!—rezongó.

Campo a traviesa, echóse a andar un buen día. Se detuvo en los pueblos riojanos con que topó. Pero el poco conocimiento que de los lugares y las gentes, tenía impedíale zurcir aquellas sus coplas ahitas de nombres y arrumacos Escaso fué el resultado. Y siguieron surcando la Rioja, bajo un sol estival, áureo, implacable, que reverberaba en los rastrojos, en las inquietas pámpanas de las viñas. . .

—; Te cansas, rapaza!

—Yo me canso, abuelo.

El viejo advirtió miradas codiciosas en alguno de los carreteros que pasaban. Un mocete jaque que les brinda-



ra vino, al tiempo en que alzaba su bota la muchacha, le pellizó en el seno:

—Lo mismo que las uvas: ¡ por madurar !—rió procurando le oyeran los que viajaban en el carro.

Hubo una risada unánime, mientras la mozuela, ruborizada, sentía el cálido golpeteo de la sangre en las sienes. Cerca de Nájera abandonaron la carretera para internarse por el camino de Badarán. El ciego fiaba en la ingenuidad generosa de los labradores. Hostilizado por los tábanos, el burro sacudía grotescamente las patas sobre la tierra dura, apelmazada y roja, tal que si la hubieran regado con vino.

—¡ Por qué no cantas, rapaza ?

—Tengo miedo, abuelo.

—¡ Miedo y estoy yo ?

—Es que no es miedo, abuelo. Me acuerdo de mi madre. Tanto nos alejamos, que temo no verla más.

—¡ Pamemas !... ¡ Phs !...

Guardaron silencio, cortado por los pájaros que picoteaban los racimos de uvas. Pasó una « pizarra » de vistoso plumaje negro, con blanco corbatín. Unos pollos de codorniz salieron de entre los pies de la chica, junto a los rastrojos. Micaela hubo de perseguirlos en vano.

—¡ Te cansas, rapaza ?

—¡ Ahora sí que me cansé, abuelo !

Un poblado alzabase a lo lejos. Era Cárdenas, que surtió de mendigos a la comarca antaño. Al fin los hijos de Cárdenas aprendieron a laborar la tierra. Redimiéronse de tal suerte. El ciego de Cuzcurrita tenía resuelto pernoctar allí.

## V

Rebasaron la meseta castellana, de lugar en lugar. . El ciego hastiábase pronto de todos aquellos pueblos a los que llegaba con las luces del atardecer. Un quésero man-

chego, abdominal y sentencioso como Saancho, quedó con el jumento, previo desembolso de quince duros. La profesión del tío Luzmela iba de mal en peor. Micaela, que veía en el animal un muy fiel compañero, lloró con el pecho oprimido cuando se lo llevaron.

—¡ Pa lo que nos sirve !—dijo el ciego y por consolarla.—  
¡ Algo más segura que nosotros tiene la pitanza !

En lo sucesivo los dos viajaron a pie. Cierta mañana, avanzando « con la fresca » por un camincillo polvoriento, halláronse de buenas a primeras con bizarro número de cazadores, que yantaban sobre el césped...

—Gente prencipal ha'e ser !—advirtió a sagaz el viejo—  
Atina cómo les relucen las sortijas.

Los señorones alborozáronse al sorprenderlos:

—¡ Un sutil juglar, perdido con su lazaritillo !—gritó uno.

—¡ Y encontrados por nosotros !—barboolló un caballero, alto y barbudo, como un hidalgo de Theotocópoli.

Les hicieron cantar, les brindaron viandas opíparas, vino blanco y bullidor. El tío Luzmela, impresionado por la franca acogida, les contó su historia: —Cómo naciera en tierras de Castilla la Vieja, trabajando de minero, hasta cegar. Compuso una trova en loor a los cazadores:

*Entre toda la grandeza  
de España y otras naciones,  
no se encuentran caballeros  
de más altas condiciones.*

Volvieron a ofrecerle fresas apetitosas: tortilla de jamón, lomo de pavo...

—¡ Come rapaza, que nunca has de verte en otra !

—¡ No beba tanto, abuelo !—suplicaba lla nieta.

El Valdepeñas arrambló con las penas, tan dorado y oloroso como el mosto de Jerez. Excitadas por el alcohol, las mentes concebían frases extraordinarias. El ciego de Cuzcurrita refirió chanzas aprendidas en sus errabundeos. Los otros contaban historias pecaminosas, con maridos

anulicórneos y depravaciones que el ciego desconocía. Con toda discreción, Micaela hubo de alejarse, so pretexto de hacer un ramo con florecillas silvestres.

Bebía el ciego, excitado, enardecido, rijoso .. Cuando los otros levantaron el campamento, se alejó prendido al brazo de la nieta. Tenía en la sangre un hormigueo insólito. .

## VI

Iban por el atajo, en medio de la parda llanura castellana, fundida por el sol. A lo lejos, en una crestería violada, albeó, con sus muros ruinosos, un torreón medioeval. El aire castellano, pujante, robusto como un jayán, corría sin topar con un solo árbol, que de fijo hubiera derribado.

—¡ El sol me enciende aún más la sangre!—confesó el ciego.—Si no buscamos la sombra me habré de congestionar.

Alarmada, la muchacha, puso rumbo a un montecillo que horadaba el túnel. Un túnel en tal paraje era fresca y era paz. Acaso hubiese también agua para refrescar las sienes del abuelo.

Llegaron. Su interior era lóbrego, pero no manaba la linfa por parte alguna. El ciego de Cuzcurrita se sentó en el suelo. Luego exigió de la mozuela que fuese hasta su lado. Micaela no desconfió. Ignoraba los efectos de la carne y el vino en aquella humanidad caduca. La rijosidad del viejo era desconocida para ella. De ahí que no advirtiese síntoma alarmante en aquel tremar de los brazos, de la boca...

—Rapaza...

Se acercó. Los dedos sarmentosos se le clavaron en los muslos... Sentía la respiración entrecortada, las sienes con fiebre del abuelo, gravitó un cuerpo sobre su cuerpo... La penumbra era celestina...

Quiso desasirse, gritar horrorizada...

—¡ Madre !... ¡ madre !..

Por los rieles vino el jadeo incesante de un monstruo. Cortó el aire estridente silbido, rotundo como una maldición.

—¡ El tren !... — balbuceó con terror Micaela.

Notóse libertada... Mas era tarde. El convoy pasó feroz, destrozando los cuerpos, confundiendo las sangres en un mismo charco que haríase gusanera pestilente...

Y la nube de humo que quedara en el túnel, pronto se desvaneció en el cielo diáfano e incontaminado de la parda llanura castellana.

VICENTE A. SALAVERRI.

---

## EL VIAJE

*Confusos*

*frente al mar inhallado del misterio  
y densas las pupilas  
por la atracción enorme del vacío,  
estamos todos en la inmensa playa.*

*Hay quien espera*

*su turno, con la máscara violenta  
de la duda, o con gesto de cansancio*

*Hay quien levanta bulliciosos ecos  
de cantos libertinos, mientras oran  
lagas sombras hincadas y espectrales,  
y hay quienes se colocan en la testa  
aúreas coronas y brillantes mitras.*

---

*En tanto avanzan las obscuras barcas.  
que nos han de llevar a ignota orilla  
a través del océano impalpable.*

---

*Lejos de la algarada pintoresca  
yo esperaré mi turno, dulcemente  
con mi laúd de oro entre las manos,  
hasta que surja aquella  
que debe conducirme a la otra orilla  
en su barca de cedro milenario.*

---

*Recogeré mi túnica de lino  
y en el hondo estupor del agua negra,  
como una asuca de sándalo oloroso,  
en la barea, arderá mi corazón.*

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**La Familia de Gutiérrez.** — Novela por MATEO MAGARIÑOS BORJA  
Montevideo 1918.

Magariños Borja ha logrado concretar en este volumen que acaba de aparecer un aspecto interesantísimo de la vida montevideana. Es realmente una novela, en que la acción marcha regular, lógica, sin tropiezos. Estamos asombrados ante la exactitud de la pintura. Nada falta y nada sobra. El Montevideo de los amores « balconeros », del clásico « pelado de la pava », de la abundantísima clase media, que « castiga » la cocina para « favorecer » la adquisición de trapos y sombreros, resplandece en este libro que hemos leído con interés creciente. Estamos seguros de que la obra va a conseguir infinitos lectores para su autor, que presenta los personajes sin ensañamiento, aunque sin perdonarles tampoco nada. Pocos y certeros trazos bastan para que muchachas y jóvenes nos resulten conocidos. Desfilan por lugares con los que nos hallamos familiarizados. Hablan con sus palabras habituales. Y el novelista descubre con mucha sagacidad sus sentimientos siempre. Insistimos en que se trata de una novela bien construída. Se diría que es un « especialista » en ese difícil género literario quien la ha compuesto. Magariños ha hecho en el libro lo que Laferrere en el teatro. Mas digno, este género novelesco triunfa sin que se haya resentido la verdad, con el afán de hacer reír al público. El lenguaje es familiar. Peca por falta de aliño. Más que al literato, este éxito corresponde al observador minucioso y penetrante: al psicólogo. — V. A. S.

**Senderos** — POESÍAS DE A. MENDEZ BRAVO. — Editorial Minerva.  
Santiago de Chile.

Creo que de esa fecunda y varia producción que nos ofrece la literatura chilena debe surgir y por lo pronto ya se esboza,—un arte característico y diferenciado, que, en afirmando sus valores, enseñará un aspecto singular en la literatura de la época.

En esa copiosa obra un panteísmo fuerte, una expresión descarada, un clamor áspero,—sombra de montaña, voz de mar y olor de agua de torrente,—se alían a la sutilidad de la expresión modernista, dándonos una impresión de flor entre las rocas, de dulce canto brotado de un alma asceta que creyéramos hubiera dado al olvido la poesía...

En lo que conozco de esa literatura no encuentro la delicuescencia decadente ni el hermetismo simbolista ni la frialdad parnasiana. Nada de suntuosidades ni bizantismos y eso que surgió allí el mago

de las piedras preciosas, que dijera Nervo por Rubén... Algo que paréceme viene de la tierra fuerte y del mar sonoro. Canto de pasión que baten las olas y donde triunfa igualmente la vida y el amor, ya que en un tajo de las rocas una gaviota blanca arrulla sus polluelos... pero este conjunto resiente de falta de emoción, de ternura, es más, de blandura sentimental...

Es esa una condición especial que quizá tenga su raíz de afinidad en la misma Naturaleza ambiente.

Méndez Bravo, que en « Vislumbres », su anterior colección de versos correctos y un tanto anticuados, delineaba apenas una personalidad, se perfila ahora con este nuevo libro de poesías, como una figura nítida y precisa. Es hoy su verso más flexible. Se nota en « Sorderos », profundidad, dolorosa ciencia de vivir, y si en verdad no firma lo finamente espiritual y un escepticismo sensualista lo presenta agrio y cobarde a momentos:

*« Porque el dolor de la vida  
me va mordiendo rabioso  
y porque toda belleza  
se desnuda en mí y es lodo ».*

.....  
*« Aléjate del pensamiento  
terror de la muerte asesino »....*

Se lo ve procurar un armonioso equilibrio de los valores del espíritu cuando, más adelante, canta, en « Como la nube »:

*« Ya no temamos a la muerte »....*

Nos reconcilia eso con el poeta ya que se nos ocurre tan pueril y absurdo el temor de « la serena muerte de grandes y dulces ojos »...

La muerte es sencillamente un « sendero » más y quizá debemos reservar para el largo camino virgen nuestro mejor canto...

Exalta Méndez Bravo el mar, el sol, el viento, « las manos invisibles del aire que despedazan mariposas de luces y azucenas de espuma »; aconseja en su « Evangelio » que se cante al amor... Se acuerda a veces de su corazón y llora, humanamente! Y es cuando le creemos más poeta. — A. M. B.

#### **Pedro L. Ipuche: Engarces.**

En casi todas las composiciones de este libro se ve brillar la inspiración, pero también se vé la debilidad del poeta para engarzarla. Digamos, desde luego, que esto nos parece mas defecto de impaciencia que de impotencia. Ipuche no demuestra tener la pasta de aquellos viejos orfebres florentinos, maestros del tesón. Demasiado fogoso tal vez, él salta sobre los obstáculos de la rima de cualquier manera, así sea regalándole voces nuevas al lenguaje. La licencia es

poesía es como el lunar para la belleza: a veces hay que pintarlo para hacerla resaltar, pero prodigado la hace desmerecer.

En copa excelsa, excelso vino: creo que ya alguien lo ha dicho. A este ideal debe aspirarse. Cuanto mas trabajo y mas insomnio cueste vencer el obstáculo, mayor será la íntima satisfacción cuando lo veamos vencido. Ipuche no demuestra, en esta edición definitiva de su libro « Engarces », esto qué, a nuestro juicio, puede y debe exigírsele a todo autor y, antes que a nadie, a todo poeta: haber dado lo mejor de sí, en la mejor forma posible. — J. M. D.

**Cantos**, POR JORGE M. RODRÍGUEZ. — Publicaciones del colegio novencentista. — Buenos Aires, 1918.

En verdad desconcierta un poco éste poeta que, en pleno siglo XX, teje sus versos a la manera de los artifices líricos del Siglo de Oro español.

Tanto tenemos hecho el oído a los ritmos nuevos que ahora los antiguos nos parecen raros y hasta difícilmente comprensibles.

Confesamos que, por eso, nos ha costado un poco leer a este autor, lo cual no quiere decir, de ningún modo, que no reconozcamos en él, a pesar de la opuesta senda que seguimos, a un inspirado y ponderable poeta. — J. M. D.

« **El Conventillo** ». — Novela de costumbres porteñas de LUIS PASCARELLA. — Buenos Aires, 1918.

He aquí una narración que empieza bien y acaba deplorablemente. ¿ Faltan al autor condiciones de novelista ? De ningún modo. Basta ver como están hechas las siluetas de los personajes que inician la acción, para comprobar la eficacia y la exactitud del trazo. Sagacidad, gracejo, ironía... Luis Pascarella tiene condiciones muy estimables. Se ve que escribe con esfuerzo. Pero es un detallista imposible. Entra a presentarnos el hediondo conventillo. Nos interesa con el heterogéneo haz de vidas que aprisiona. No le arredra la multitud de figuras que se hacinan en los sórdidos zaquizamías. Nosotros nos vamos desorientando un poco. Pascarella no nos familiariza con nadie pero nos presenta a todo el mundo. Y resulta mareante el libro, como el gabinete de un mandatario en día de audiencia popular. La acción se bifurca, se interrumpe... Hay un zig-zag endemoniado, que nos fuerza a releer pasajes anteriores. Todo es molesto. Fatiga aburre... Es una lástima que una lógica economía de partes no triunfe en esta novela, que pudo ser realmente un acierto. Así, es algo caótico y aturdidor. Sin ser bueno, ni siquiera limpio, el lenguaje del señor Pascarella puede admitirse. Se deja entender por todos. Expresa cuánto necesita sugerir este el literato, que trae aparejadas condiciones sobrealientes de psicólogo. Luis Pascarella puede y debe hacer una novela tan buena como la que anuncian las páginas iniciales del volumen que comentamos. — V. A. S.